

El don de Fortaleza (1)

Para los estoicos el miedo es una de las cuatro pasiones que perturban la paz del alma. El hombre prudente, por lo tanto, no es tímido, es corajudo, no teme combatir por la justicia. Dice Séneca: “Vivir significa luchar”. El Antiguo Testamento elogia a los guerreros valerosos. Pero no se olvida de señalar que su fortaleza proviene del temor de Dios, que tenían mayor confianza en Dios que en sus espadas, en sus músculos o en su experiencia de guerra.

En este sentido escribe san Juan Clímaco: “El miedo nace de la falta de fe, de confianza en Dios. El alma orgullosa cae en la esclavitud del miedo. Dado que confía solamente en sí misma, tiene miedo incluso cuando se mueve una hoja o una sombra. Los tímidos, algunas veces, pierden los sentidos, están fuera de sí. Y es natural. Dios abandona a los orgullosos afin de que los otros, viéndolos, aprendan a no ser orgullosos. Clímaco reconoce también que la timidez puede ser debilidad corporal. Pero piensa que puede ser curada. Lo importante es que el temblor de los miembros no penetre en el espíritu. Para él los tímidos en el alma son los orgullosos.

El don de Fortaleza, los mismo que el de temor de Dios, tiene relación con la virtud teologal de la esperanza. Es sobre todo la esperanza la que, en las circunstancias difíciles y penosas, en los momentos de peligro, frente a la posible pérdida de nuestros bienes, de nuestros honores, de nuestra propia vida, hace resplandecer esa actitud, esa generosidad, esa fuerza del Espíritu que es la fortaleza.

La virtud de la fortaleza enardece el apetito la voluntad, para que no desista en su esfuerzo de conseguir el bien arduo, ni siquiera ante el máximo peligro de la vida.

Completada con el don de fortaleza, dispone para las acciones más duras, revistiéndonos de vigorosa virilidad para emprender con resolución cosas difíciles y para soportar, con una constancia invencible, penas y tribulaciones. Esa actitud valiente puede darse tanto en los casos extraordinarios como en los cotidianos. Se puede ser heroico por la constancia y perfección de los actos más vulnerables impuestos por el deber, y podemos serlo enfrentándonos decididamente con proyectos de mucho empuje.

La fortaleza se ejercita combatiendo enérgicamente el mal; luchando contra las tentaciones e insidias del diablo; emprendiendo con valentía obras que exigen mucho esfuerzo y exponen a grandes riesgos; sufriendo con paciencia admirable penas físicas y morales, pruebas de toda clase.

San Francisco fue extraordinario en toda la extensa gama de actos de fortaleza. Necesitó esta virtud para romper en su juventud con la vida que le sonreía, para soportar las burlas del pueblo, la ira de su padre, las muchas dificultades que se oponían a la realización de los planes divinos sin retroceder jamás por cobardía. La necesitó para sobrellevar las enfermedades, los desengaños; para vencer las tentaciones diabólicas con austeridades que ponen los pelos de punta. Baste pensar en las cinco cuaresmas al año que pasaba comiendo solamente un pan. La necesitó para lanzarse a la vida apostólica sin contar con los medios humanos más elementales y para inmolarse en la cruz de la penitencia, que lo identificó con el Cristo del Calvario en el monte Alverna.

Con valentía y constancia admirables defendió su género de vida contra cualquier oposición. Francisco es un hombre de temple, un roble que desafía los huracanes más temibles. De esto se deriva su lucha contra la comodidad, las seducciones del mal, contra las sugerencias del maligno. La decisión de afrontar cualquier cometido recibido de Dios sin retroceder por cobardía, la aceptación magnánima de las cruces de la vida. Estaba convencido de que el Espíritu Santo supliría las debilidades de la propia flaqueza, sobre todo en iniciativas arriesgadas. El que es fuerte todo lo puede en Aquel que le conforta (Fil 4,13).

La fortaleza cristiana

Gaudier la describe del siguiente modo: “Es una virtud que impulsa al hombre a no confiar en las propias fuerzas y a esperar en la ayuda de Dios. De este modo vence todos los temores y las dudas sobre las fatigas y los esfuerzos que le esperan en la vida espiritual. Supera incluso el miedo a la muerte. Ofrece a Dios con coraje su cuerpo y su alma para que sean consumidos en el fuego del amor santísimo al servicio de Dios”.

La palabra fortaleza se puede tomar en dos sentidos: cuando significa firmeza de carácter. En este sentido no es una virtud sino una condición general que las acompaña a todas. Puede ser también una de las cuatro virtudes cardinales: **es una virtud infundida con la gracia santificante en el bautismo que enardece el apetito irascible y la voluntad para que no desistan de conseguir el bien arduo o difícil ni siquiera por el máximo peligro de la vida corporal.**

Tiene dos actos: atacar y resistir. Entre estos el más difícil es resistir (contra lo que se cree comúnmente), porque es más heroico resistir a un enemigo que, por el hecho de atacar, se considera más fuerte, que atacar a un enemigo que, por el hecho de tomar la iniciativa, lo consideramos más débil que nosotros. Por esto, el acto del martirio, que consiste en resistir o soportar la muerte antes que abandonar el bien, constituye el acto principal de la virtud de la fortaleza.

Orígenes le daba el primer lugar entre las virtudes cardinales. Vivía en una época (s. III) en la que el martirio era considerado el sumo y casi único signo de santidad. Pero es interesante que la iglesia apreciaba sobre todo el martirio de las mujeres y los niños, “del sexo débil” porque en ellos se mostraba mejor que la fortaleza provenía del Espíritu Santo.

Nos damos cuenta que la fortaleza cristiana difiere del coraje de los guerreros. Las estirpes combatientes y los pueblos militarizados quieren educar a los jóvenes en la dureza, la combatividad, el desprecio por la timidez. No es compatible para una educación cristiana formar soldados para el ejército o las legiones espartanas. Las almas sublimes pueden ser valientes más allá de los juegos militares o la lucha. El cristiano tiene el coraje de defender la verdad. Los niños mienten sobre todo por miedo. El tímido no dice tranquilamente y abiertamente que no está de acuerdo con algo. Frecuentemente disimula, evita la pregunta directa, promete lo que no puede o no quiere realizar. El que ha comenzado verdaderamente a amar la verdad, descubre muy pronto que sin coraje y valentía no logrará defenderla. Y esto exige también la práctica de otras virtudes.

Confianza en Dios

El fundamento de la fortaleza es la confianza en Dios. Según San Juan Clímaco, se pueden superar todos los temores irracionales, que heredamos de nuestros años de infancia: miedo a la soledad, a los lugares desérticos, etc. “¿Tienes miedo de algún lugar? Ve allí durante la noche. Si te dejas vencer por los miedos infantiles, la pasión ridícula envejecerá contigo. Cuando vayas, ármate con la oración. Cuando llegues, tiende las manos y vence a tu enemigo con el nombre de Jesús. No hay arma más poderosa en el cielo o en la tierra. Cuando te liberes de tu enfermedad, agradece a Dios que es tu libertador. Si eres agradecido te protegerá siempre. Pero, como el estomago no se sacia con un solo bocado, tampoco el miedo se vence de una vez. Cuanto más vivo sea dentro de ti, el espíritu de penitencia, más pronto vencerás. Por el contrario, cuanto más seas perezoso, por más tiempo permanecerás en tu timidez. Cuando nos liberemos de todo el miedo, no nos darán impresión ni los diablos, ni la oscuridad, ni la soledad, sino solamente la esterilidad de nuestra alma. El miedo es, algunas veces, la pena que inflige la providencia divina. El siervo de Dios teme solamente a su Señor. Por el contrario, el que no teme a su Señor, frecuentemente será asustado incluso por su propia sombra”.

Desestimar los valores vanos

A veces la fuente del temor está en el deseo de sobresalir, de no perder la estima o los bienes. Dicen los santos: “Desprecia las cosas de este mundo y no tendrás razones para temer”. Nosotros no tememos a las cosas buenas, el miedo viene de la expectativa del mal. El que cree en la providencia divina sabe que “todo contribuye al bien de los que aman al Señor” (Rom 8,28). En la *Consolación de la filosofía* de Boecio, la sabiduría se presenta personificada: examina a su alumno triste y descorazonado. Descubre que la conoce bien teóricamente, pero en la práctica, no saca las conclusiones pertinentes. Por eso le dice: “No me he equivocado cuando he descubierto un cierto vacío dentro de ti. Es como si en la piel existiese un agujero a través del cual ha penetrado en ti la enfermedad de las pasiones. Dado que ignoras el sentido del todo, crees que sea más beato el que se encuentra encumbrado (en la rueda de la fortuna), el que, no obstante su malicia, tiene éxito. Has olvidado los medios con los cuales Dios gobierna el mundo y crees que todo depende de la fortuna y no es obra del que lo gobierna. Estos errores no solamente te enfermarán, sino que te llevarán a la muerte”.

Oración y pasión

Para los mártires y para todos aquellos que sufren, el recuerdo de la Pasión de Cristo constituye el motivo que los fortalece. Desde el punto de vista psicológico aquí se encuentra la diferencia entre la virtud cristiana y el desprecio cínico por el sufrimiento. En el cristiano el espíritu está dispuesto incluso en la

debilidad de la carne (Mt 26,41), aunque la angustia haga sudar sangre (Lc 22,44). La escritura nos presenta el ejemplo de David. Es difícil encontrar alguno más valiente que él; siendo joven ahogó un león y con una piedra venció a Goliat. Y sin embargo era uno de aquellos que sabía rezar en todos los peligros. En los salmos davídicos aparece siempre el estribillo: “En Dios busco mi protección” (Sal 10,1). La oración no contradice el coraje; por el contrario, lo estimula, da fuerza incluso a los de carácter tímido.

Los grados de la fortaleza

El primer grado de la fortaleza es necesario para todos aquellos que quieren salvarse. Resistir a las amenazas que nos impulsan al pecado grave. En la Sagrada Escritura encontramos numerosos ejemplos de esta fortaleza. En Egipto, José pierde su posición y va preso antes que ceder a los deseos de la mujer de Putifar (Gn 39). Susana sabe que difícilmente podrá defenderse de la calumnia, pero prefiere caer en manos de los hombres antes que pecar (Dn 13,23).

Existen también los riesgos de la propia vocación. Cada estado de vida tiene sus dificultades. La vida exige grandes sacrificios del médico, la madre, el sacerdote, el obrero, etc. Puede estar en peligro la propia vida. Pero esto no sucede todos los días. Pero cada día encontramos dificultades, especialmente cuando nos encontramos en un ambiente donde reina la corrupción: calumnias injustas, duras críticas, que sobrevienen por no hacer otra cosa que nuestro deber. Aparece la tentación del camino fácil.

Clemente de Alejandría ironiza sobre aquellos que gustan leer los relatos de los mártires, pero huyen delante de todos los deberes desagradables. Siempre son sospechosos los deseos y fantasías del cristiano que quisiera soportar grandes cosas por Cristo, pero no logra permanecer en su ambiente de trabajo sin traicionarlo. Un misionero anciano escribió a un seminarista que quería ir a África porque se encontraba mal en el seminario: “No es bueno que vaya a cazar leones el que huye frente a los animales domésticos”.

La falsa seguridad

Con frecuencia las personas se envalentonan minimizando el peligro o engañándose pensando que están seguras. Santo Tomás propone lo contrario. El coraje mira al peligro de frente y sabe prevenirlo: “También el que no es valiente normalmente, puede, en el espíritu, prepararse a los peligros y por medio de esta preparación, será fuerte cuando lleguen”. Dice San Ambrosio que no hay que esconderse ni mentirse sobre aquello por lo cual estamos amenazados. Si, en la guerra, el enemigo ataca de improviso, vence fácilmente, del mismo modo, el espíritu es derrotado por el mal imprevisto.

De estas dificultades, serias y reales, se diferencian las que provienen de nuestra fantasía suscitadas por el miedo.

Cuando San Ignacio de Loyola, comenzó a conducir una vida ascética en Manresa, descubrió, maravillado, que no era tan difícil como se la imaginaba. Pero luego aparecieron las dudas. Pensaba que debía seguir así hasta los setenta años y eso lo angustiaba. Pero pudo encontrar la respuesta. Porque imaginarse setenta años si no sabemos si viviremos mañana. En esta vida no hay nada firme ni constante. No hay necesidad de desear ni de temer por nada. Decía San Agustín: “Mira, el mundo ya se cae, pero Cristo permanece y no caerá jamás”.

Alejandro Ferreirós